

## CAPÍTULO II

Monumentos árabes. — Recuerdos del Palacio Real

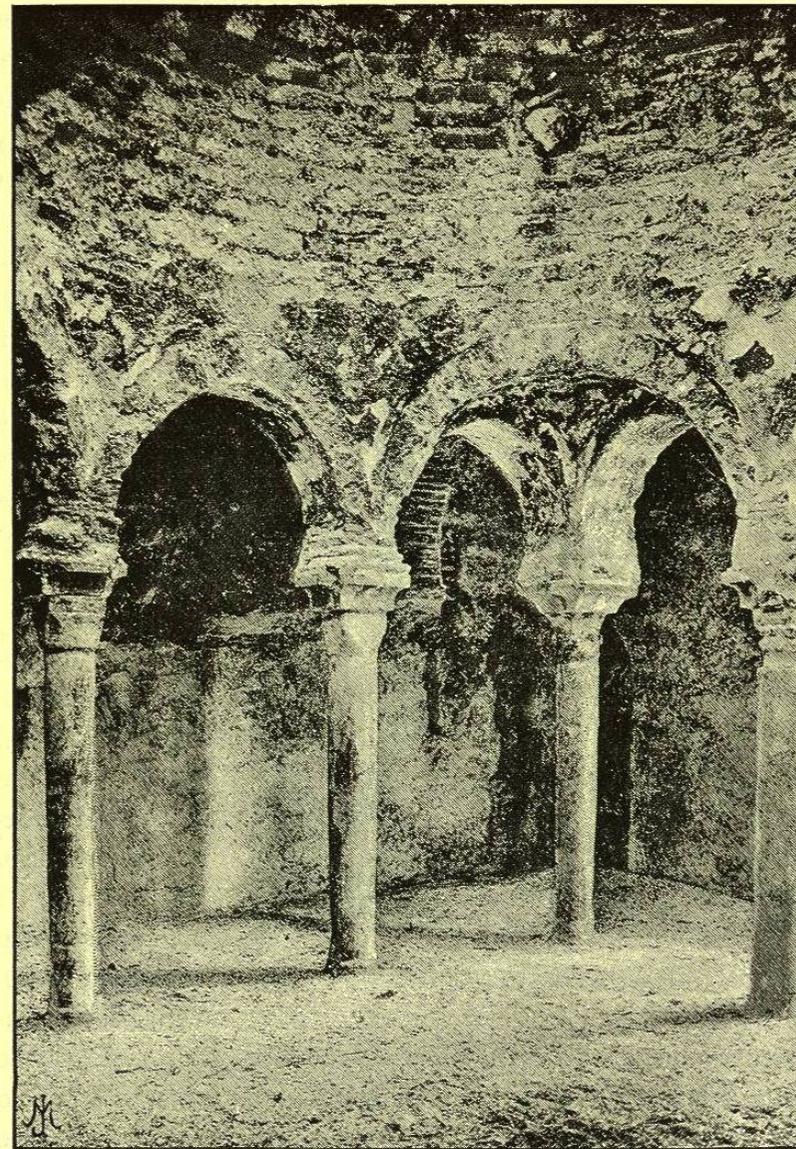
**Q**UINTO Cecilio Metelo, vencedor de las Baleares, fundó las colonias de Palma y Pollensa, á las cuales trajo numerosas familias del continente: ningún monumento, empero, recuerda en la capital la dominación latina. Los vándalos, es cierto, introdujeron en las islas la opresión y el exterminio, y los árabes á su vez echaron de ellas á los descendientes de los godos; mas aunque con el furor de las guerras se hundieran las mejores

obras de las dominaciones pasadas, quedaran las memorias sepulcrales, las medallas y los vasos ocultos debajo de la tierra, con los cuales la asolación nada puede. Ni el nombre de Palma, sino el de Mallorca, se le conserva á la ciudad en ninguna de las crónicas y monumentos gráficos de la Edad media; y como en el lugar del Palmer, inmediato á la villa de Campos, abundan los recuerdos de aquellos antiguos dominadores del orbe, la situación de la antigua colonia Palmaria presentase envuelta en dudas y motiva las discusiones (1).

La espada de los cristianos borró en el estrago de la expedición primera los mejores monumentos de los árabes; y después de la segunda, la diferencia de religión y de costumbres acabó para siempre con los que aún embellecían á Palma. Mas ni la una ni la otra bastaron á desterrar los nombres de los distritos y de las poblaciones, ni á destruir las monedas que en buenos caracteres arábigos dicen los de algunos Walíes; y en la ciudad subsisten todavía trozos de fábrica, restos de la dominación mahometana.

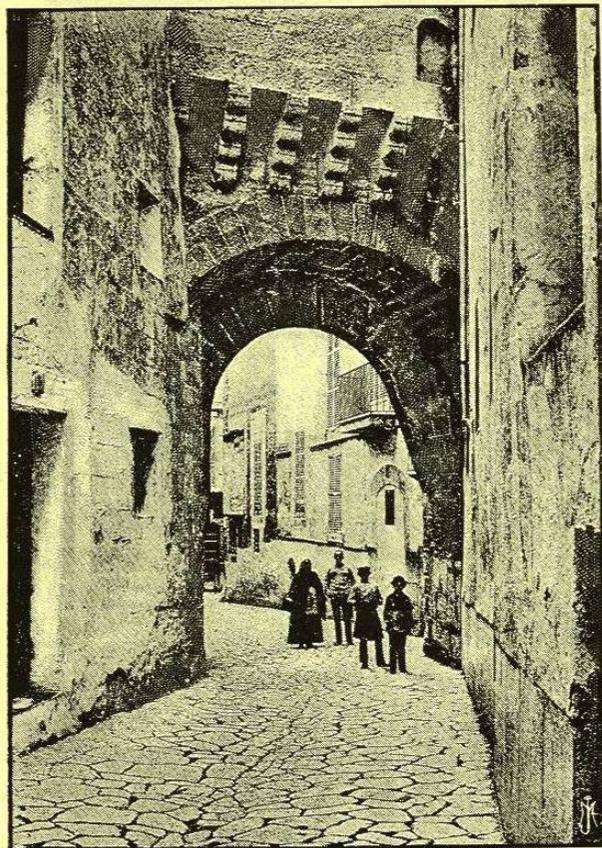
A un extremo de Palma, en uno de los barrios más silenciosos, enséñase al viajero la única pieza de baños que se ha salvado de la injuria del tiempo y de la mano del hombre. Es una sala baja y cuadrada, que forma un peristilo; y las bóvedas corridas cargan en cada corredor sobre cuatro columnas de muy corta altura, y desiguales en los fustes y en las bases. Corónanlas sin proporción ni ajuste toscos capiteles; y de unas impostas gruesas y muy salientes, bien que algunas no desnudas de gracia, arrancan las curvas reentrantes de los arcos, á manera de herradura. Pero, por una extraña disposición, sobre este cuadro de columnas puso en el centro el artífice una bóveda en forma de cúpula, y en vez de pechinas trazó el círculo y cortó los ángulos tirando en cada uno un arco, que, ancho y más elevado

(1) Véase la *Carta histórico-crítica sobre el lugar donde estuvo situada la antigua Palma*, por D. Antonio Furió y Sastre.



PALMA. — BAÑOS ÁRABES

que los otros, se apea en los segundos pilares de cada corredor. En esta cúpula algunas pequeñas aberturas circulares y alfeyzadas dan paso á la luz, que suave y templada debía de esclarecer



PALMA.—ARCO DE LA ALMUDAINA

misteriosamente el estanque del centro, y acreciendo las proporciones del sitio, sin disipar enteramente las sombras, se armonizaría con la perezosa voluptuosidad de los placeres del baño.

Alasentar su dominio en Mallorca, trazaron los Árabes el fuerte recinto de su Almudena (1), que con el ensanche de la población vino á ser la morada de las fa-

milias más ilustres y la ciudadela; y aun hoy en día, en la calle que ha conservado aquel nombre (Almudayna), un arco sombrío marca el lugar de una de sus puertas. Si aquella es la de que

(1) La línea de circunvalación corría poco más ó menos del Alcázar al Mirador, calles de Morey y de Bordils ó Almudayna, y comprendía á Santo Domingo, hasta tocar otra vez en el Alcázar.

habla el rey D. Jaime en su crónica, ¿cómo no recordar la tremenda escena que ella presenció el día del asalto? Alanceados por la caballería cristiana, desamparando al walí Said-ben el-Hakem, recogíase á la Almudayna el tropel de los fugitivos; y sordos los de dentro al riesgo de sus hermanos y atentos no más que al suyo propio, así que pudieron cerraron las puertas, y dieron lugar á que las espadas aragonesas y catalanas amontonasen los cadáveres al pie del mismo muro. Ahora ya no baja con estrépito la ferrada compuerta por los encajes de entrambos lados, ni velan escuchas en su barbacana sostenida por ménsulas iguales á las de la torre del Señal (Portopí): rodéanlo pacíficos edificios modernos; y el silencio que allí reina, la disposición de las casas, las góticas escaleras que en algunas vecinas á él se conservan, todo lo recomienda al artista como uno de los trozos venerables y pintorescos de Palma.

Cuando en 1115 fueron sobre esta los Pisanos y los Catalanes, ya encontraron en pie el recinto de la *Elmodenia*, y dentro de él la fuerte Alcazaba, ceñida de torres y asentada por la parte de mar orillas de un precipicio. El transcurso de los años y el estrago de las guerras sin duda debieron de traer la renovación ó la mudanza de su forma; mas todavía ocupa el punto culminante de la plaza, y al borde del precipicio registra la ancha curva de la bahía. Su masa enorme, un tiempo dominadora y hoy dominada por la catedral, destácase en la vista general por lo imponente de su carácter, y su extraño conjunto llama desde luego la atención del viajero. Pero al entrar por la puerta del muelle es donde se le ve desplegar aquella grandiosa mole de altísimas torres cuadradas y robustas paredes, vistosamente interrumpidas por largas barandas. Todavía aislada, tuerce por una cuesta que conduce á su fachada oriental, no tan vasta como aquella en sus proporciones, pero no menos pintoresca y maciza (a). Las albacaras han perdido buena parte de

(a) De las dos antiguas puertas de rastrillo que frente á la catedral presenta,

su altura, y no existen la barbacana ni el almenaje que coronó aquel muro; el homenaje se alzó más alto en tiempo de sus fundadores, y en el patio debieron de abrirse aiosos ajimeces: mas aunque así truncadas, claramente dicen las torres su origen arábigo, y el patio hace alarde de originalidad y buen efecto (a). Alguna puerta conserva en su traza un resto del estilo mahometano; balcones desiguales y galerías caprichosas salpican á trechos las gruesas paredes; en lo alto de la gran masa del homenaje el ángel gótico de bronce marca la dirección del viento (b); y abajo, junto á la escalera que conduce á las habitacio-

señálase por el carácter y majestad de su medio punto la más contigua al Mirador; y si llega á verificarse por aquel lado la restauración acordada por el ministerio de Gracia y Justicia en la parte referente á la Audiencia y á la habitación del presidente, correrá por las desmochadas torres del Este la corona de almenas que tanto realce acaba de dar á las de los otros costados, y reaparecerán en los gruesos paredones los tradicionales ajimeces de que tan raro tipo conserva el patio. Tocante al arreglo de la fachada de mar, si bien deja mucho que desear artísticamente, no produce desagradable efecto su galería ojival, cimentada sobre cuatro grandes arcos semicirculares, y sosteniendo á su vez una línea de ajimeces del tercer período.

(a) De frecuentes y variadas obras, siglo por siglo, dan noticia los libros del real patrimonio: en el patio se celebraban las exequias de las personas reales por lo reducido de la capilla, lo mismo que otras grandes funciones y espectáculos, incluyendo en éstos algunos no anunciados ni previstos, como las sediciones y los tumultos.

(b) Ocupaba en 1842 el ángel de la torre una altura todavía imponente, aun después de rebajada en 1756 hasta el segundo cordón por efecto de la alarma que siguió al gran terremoto de Lisboa. Con achaque de los controvertibles daños del de 1851, y en realidad para modernizar y dar *confort* al palacio, procedióse á demoliciones que me sugirieron á la sazón estas frases: «¡Qué rosada y esplendente se quebraba la luz de la mañana en los ángulos y recodos de los opacos torreones! qué misteriosos y blandamente tristes descendían á bañarlos los rayos de la luna! cada hora tenía allí su encanto, cada punto su perspectiva. Pobres torreones, inmolados para seguridad de la población que un tiempo defendían! si opusieron rebeldes al hierro destructor la nativa dureza y perfecta trabazón de los sillares, resonando con los golpes cual si de bronce fueran, al menos no hubieron de ser apuntalados para prestar pie firme á sus demoleedores. Pobre torreón del homenaje! ayer el perfil de su ángel protector combinábase con las coronadas agujas de la Seo y con la majestuosa nave de Santo Domingo, diseñando sobre el azul de los cielos un bello grupo que de lejos saludaba el navegante; mañana descubrirá en su lugar un espantoso vacío. Necios lamentos, dirá alguno, á propósito de un montón de piedras! pero piedras y terrones forman ese mágico sér que se llama *patria*, y los puntos culminantes son los rasgos de su fisonomía. ¿Diréis también, necio amor el de la patria?»

nes, una portada, bizantina por la forma y gótica por las labores (a), da entrada á la bella y elegante capilla de Santa Ana (1), y con su contraste realza lo pintoresco del sitio.

Nada más bello que el panorama que desde las más altas azoteas ó de la torre del ángel se descubre. Las casas de la ciudad desparrámanse en mil líneas variadas; las agujas de la catedral lánzanse á cortar una atmósfera purísima, los campanarios modernos de las parroquias y conventos ostentan sus cúspides aiosas, las cuales, aunque diferentes, tienen algo que las hermana; y los jardines y palmeras que á trechos asoman, dan el último toque al carácter oriental que ostenta Palma por donde

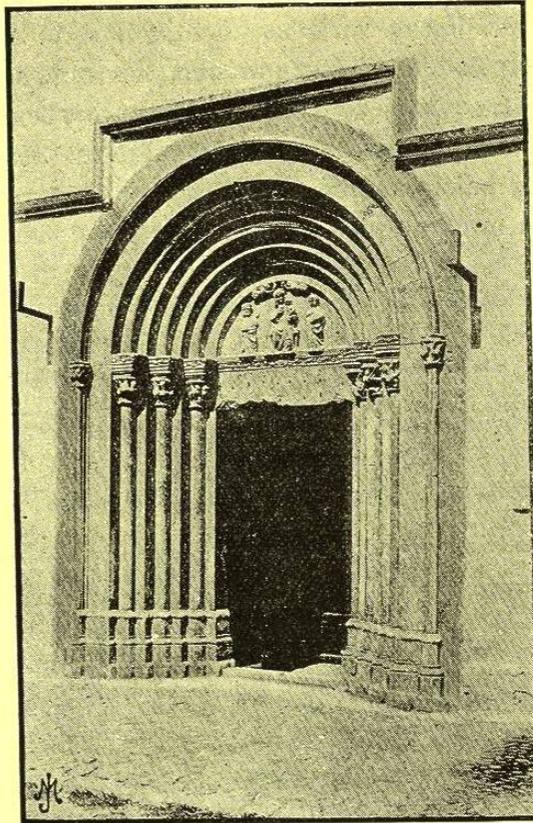
(a) Es parecida en extremo, por no decir calcada sobre ésta, la portada de la real capilla de Perpiñán, que lleva la misma advocación que su coetánea, notándose en ambas la paridad de tener otra capilla alta dedicada en uno y otro punto á San Jaime, la cual comunicaba aquí con la de abajo por una tribuna, y desapareció con ocasión de las expresadas reformas.

(1) Fundóla el rey D. Jaime II de Mallorca cuando reedificó el alcázar. En la sacristía se conserva un cofre ricamente trabajado y cuajado de afiligranados relieves góticos: es sin disputa uno de los mejores muebles que nos quedan de aquellos siglos; y si bien la lealtad mallorquina lo ha sabido conservar hasta ahora, no fuera inoportuno precaverlo para siempre de la codicia de los viajeros (a). Es muy notable la capilla de los Pelayres, cuya arcada ojival lleva en el éstrados buenas labores. Nadie habrá que no extrañe encontrar capilla de artesanos en el oratorio mismo de los Reyes; y si se indagan las causas de tan extraordinario privilegio, lejos de menguar la admiración sube de punto. Según el señor Furió en sus *Memorias para servir á la historia eclesiástica* de la isla, cuando en 1342 el rey D. Jaime III trajo á ella el cuerpo de santa Práxedes, los Pelayres tanto se distinguieron por sus demostraciones de piedad y regocijo, que el monarca les instituyó gremio real y les concedió que tuviesen capilla en la suya propia. Pero la tradición ha revestido de sus colores halagüenos este simple hecho (b): ella cuenta como al aportar el rey á Portopí con las reliquias de la santa, acudieron todos los gremios á porfía á pedírsela por patrona; por manera que D. Jaime hubo de declarar que sólo la alcanzaría el que con telas ó manufacturas del mismo oficio adornase y entoldase el camino hasta el Real Palacio. Los Pelayres, como más numerosos y ricos, cumplieron con esta condición; y tanto le plugo al rey el celo de aquellos artesanos, que á la gracia pedida añadió la de tener capilla en la suya propia.

(a) ¡Qué singular presentimiento advertía á Piferrer de cómo había de desaparecer de aquella sacristía como por ensalmo, no quiero saber por culpa de quién, la preciosa arca de roble de Flandes, obra de Bernardo Tarragó carpintero del rey, por la cual se le pagaron en 1389 siete libras 10 sueldos!

(b) No me explico cómo fué á buscar nuestro crítico y diligente autor en escritos de segunda mano lo que de Mut pudiera tomar directamente, si este mismo con toda su credulidad no hubiese ya repudiado en el lib. IV cap. XII la absurda relación del libro del consabido gremio plagada de anacronismos!

quiera que se la contemple. En lontananza, al norte y poniente cierran el horizonte cumbres azuladas, mientras por la parte de levante tiéndese la llanura oportunamente interrumpida por



PALMA.—PUERTA DE LA CAPILLA DE PALACIO

algunas colinas. Á mediodía abre la bahía sus dos brazos de cinco leguas; y si en el de la derecha el antiguo Bellver corona una cima como un centinela de Palma, al extremo de la izquierda, del seno de las ondas sobresale la isla de Cabrera árida, rojiza y peñascosa, como espiando aquellas aguas, que entre las dos costas resplandecen con mil accidentes de luz, y marcan las tintas que en su superficie imprime el paso de las brisas y de las ráfagas.

Allí, desde aquella plataforma, gentil mora tal vez ondeó el sutil alhareme dando el último adiós al valiente corsario; ó allí salió á saludarlo cuando, izando gallardetes, á vela y remo entraba en la bahía remolcando la embarcación cautiva. Del alta torre pudo ver el walf almoravide al pisano Dodón cerrar toda salida con sus cruceros, y al conde D. Ramón Berenguer y al

arzobispo Pedro disponer las huestes para el asalto. No las fuertes albarranas de los ángulos bastaron á detener el ímpetu de los cruzados: el fragor del combate retumbó por los aposentos, llenos de las riquezas robadas á las costas de Cataluña, Provenza é Italia; las aguas del puerto reflejaron el rojo resplandor de las llamas; y á través del humo vióse precipitar al abismo á los vencidos por aquellos mismos ajimeces y galerías, de donde la gentil mora enviaba el último adiós al corsario causador de tanto estrago.

Los recuerdos vuelan alrededor de aquellas tristes paredes; y si los postreros crepúsculos de la tarde brillan débilmente detrás de la sierra de Portopí, y las sombras invaden con lentitud las regias cámaras, entonces las imágenes de lo pasado reviven en la fantasía.—D. Jaime II por 1309 convertía en palacio la vieja mansión de los walfes: á su voz, el pincel de Francisco Caballer ó Caballeri decoraba los aposentos, y el perpiñanés Francisco Campredón fundía el ángel de bronce y entallaba otras esculturas (a). En esos aposentos aquella rama de la casa de Aragón, digna de mejor suerte, recibía el homenaje de los isleños. No el esplendor de los paramentos ni la ostentación de la vajilla, sino el trato afable y la igualdad de sentimientos realizaban el festín; los buenos prohombres marchaban vestidos de fiesta y gala á la cabeza de sus gremios, que ondeaban sendas banderas y competían en las danzas; y no era raro ver á la misma majestad de los reyes mezclarse en aquellos inocentes regocijos: la lealtad, la sencillez y la buena fe hermanaban los rangos, sin rebajar nada de la dignidad de cada uno. Más de una vez los ejercicios caballerescos se celebraban al pie de las

(a) Vino de Perpiñán á fundirlo, con tornesa y media (26 dineros) de salario al día; é impaciente de ver la obra del artífice, hizo Jaime II traerla á Sineu, donde á la sazón residía. Plegadas y casi rozagantes las alas, caída hasta los pies la vestidura, armado el pecho como de una coraza con aquellas palabras divinas *Et verbum caro factum est*, continúa el ángel, salvado de la crisis de 1851 á costa de bajar un poco de su altura, tendido el brazo y señalando con el dedo índice el viento, á merced del cual gira ya va para seis siglos.

galerías de poniente: brillante trompetería y el són de los añafires animaban á aquella nobleza, que en las jornadas más gloriosas para la corona de Aragón hizo prueba de sus fuertes lanzas; y al terminarse la justa, en las regias salas la señora reina y *madonas* las infantas compartían con las damas mallorquinas los placeres de la colación y del sarao. Pajes serviciales atravesaban las cámaras y hacían honra á las bellas, ricamente ataviadas con la espléndida y elegante vestimenta de los buenos tiempos antiguos: noveles caballeros se solazaban en amistoso deporte preciando las lanzas que se corrieran, alabando sabuesos y neblíes, y trayendo á plática los mejores hechos de armas de las campañas de Italia; la venerable senectud placíase en recordar las alegres expediciones de sus floridos años, y mientras ponderaba lo arriesgado de los trances y la fortaleza y peso de las armas de entonces, echaba una ojeada entre envidiosa y complacida á la gentil disposición de los mancebos. La dulce poesía lemosina allí esparcía sus doradas flores; y al són del laúd los ministriles del señor rey, y las más de las veces apuesto paje ó doncella de palacio cantaban sentidos lais, tenzones y codoladas, en que frecuentemente ensayaron su ingenio los de la casa aragonesa, fuertes en las armas como suaves con la pluma. ¿Por qué fué tan breve el bienestar de la mallorquina? La ambición falseó la lealtad de sus vasallos y desterró de aquella morada el regocijo, y si la majestad de los reyes de Aragón vino á ella á resucitar las pasadas escenas, trajo consigo el fausto de su corte más poderosa que la antigua de las islas, y alejó toda sencillez, todo trato ingenuo y apacible.

La tristeza hizo allí su asiento; y, ejemplo nuevo en los anales de Mallorca, á mediados del siglo xv, al recibir á un príncipe reinaron en el alcázar el recelo y la desconfianza. No escasearon las fiestas ni las luminarias; los honrados menestrales sacaron sus vestidos de fiesta, sus banderas y sus danzas; la nobleza le hizo grande honra, y el reino de Mallorca un buen donativo; y hubo orden de poner á su disposición todas las for-

talezas, al paso que se le alojó en el palacio. Pero un mandato secreto de su padre le cerraba las puertas de Bellver; y lleno el palacio de guardas y de espías, trocábase en mansión de temores (a). Al notarlo D. Carlos de Viana, ¡cómo debió de sentir las imprudencias pasadas! Y si su melancolía le llevó á los altos miradores, y desde ellos paseó la vista por aquellas tranquilas y fértiles orillas, ¡cómo su noble corazón debió de desear que en aquel retiro, lejos del bullicio de la corte y de las intrigas de los partidos, se le concediese acabar sus días en la meditación y el estudio! (1). Su suerte empero no había llegado todavía al colmo de su desventura; los mallorquines celebraron su reconciliación con su padre el rey D. Juan, y con aclamaciones de alegría le acompañaron al embarcarse para Cataluña: el pueblo no podía adivinar las angustias que aún oprimían el corazón del príncipe; pero aplaudía la resignación, arrepentimiento y mansedumbre que leía en su noble frente.

Una gran figura cierra las memorias del palacio, y vuelve á poblarlo por última vez del fausto y públicas demostraciones pasadas (b).—Era el 13 de Octubre de 1541, y á los disparos del muro respondían las piezas de las galeras, que en gruesas divisiones llenaban la bahía. Por un puente ricamente aderezado desembarcaba el emperador Carlos V; dos soberbios caballos le aguardaban en el muelle, enjaezado de negro el uno, y de

(a) Refiérome para más detalles á lo escrito atrás pág. 276 y siguientes en el cap. V adicional de la primera parte.

(1) También en Palma dió una muestra de su afición á las letras; y á 25 de Marzo de 1460, en el altar mayor de la Catedral, firmó una escritura otorgada ante el notario Pedro Lidra ó Litra, en que confesaba haberle prestado el cabildo un ejemplar manuscrito de la Suma de Santo Tomás, prometiendo devolverlo dentro de un año, ó pagar su precio, que se evaluó en 120 florines de oro de Aragón, y dando por fiador al caballero mallorquín Pedro Odón Pardo.—El príncipe de Viana llegó á Mallorca el martes 21 de Agosto de 1459 al medio día, y se embarcó para Cataluña á 26 de Marzo de 1460.

(b) En la pág. 432 y consecutivas del cap. VII adicional, para seguir el hilo de la historia, hube de hacer mi relato de la solemne entrada del Emperador, de que casi me dispensaba este tan galano y completo de Piferrer, que tanto partido saca de *La benaventurada vinguda*.